

BOLETIN SALESIANO

Debemos ayudar á nuestros hermanos á fin de cooperar á la difusión de la verdad.

(III S. JUAN, 8).

Atiende á la buena lectura, á la exhortación y á la enseñanza.

(I TIMOTH. IV, 13.)

Entre las cosas divinas, la más divina, es la de cooperar con Dios á la salvación de las almas.

(S. DIONISIO.)

El amor al prójimo, es uno de los mayores y más excelentes dones, que la divina bondad puede conceder á los hombres

(El Doct. S. FRANC. de Sales).



Quien recibiere á un niño en mi nombre, á mí me recibe.

(MATH. XVIII.)

Os recomiendo la niñez y la juventud; cultivad con grande esmero su educación cristiana; y proporcionad libros que les enseñen á huir del vicio y á practicar la virtud.

(PIO IX.)

Redoblad todas vuestras fuerzas á fin de apartar á la niñez y juventud de la corrupción é incredulidad y preparar así una nueva generación.

(LEON XIII.)

—*—(DIRECCION en el Oratorio Salesiano — Calle de Cottolengo N. 32, TURIN (Italia))—*—

SUMARIO.

Preparación á la Fiesta de María Auxiliadora.
Gracias de María Auxiliadora.
El Católico debe ilustrarse en su fe.
Breves indicaciones para la enseñanza del Catecismo.
Mons. Riccardi Arzobispo de Turín.
La Cúpula del Santuario de María Auxiliadora.
Noticias de nuestras Misiones. Colombia. Un sacerdote Salesiano al servicio de los leprosos.
Bogotá. Fiesta en honor de San Francisco de Sales.
Nuestros agradecimientos á los Sres. Presb. E. M. Castro, S. Machado y A. Metalli.
Historia del Oratorio de San Francisco de Sales.

La devoción á María es señal de predestinación.

¡Qué felicidad la de estar elegido por Dios de la eternidad para lograr la gloria! ¿A quién no preocupa el pensamiento de si le cabrá la suerte de ser contado en tan dichoso número?

Pues bien, no cabe duda que la devoción á María es el medio más eficaz para obtener la salvación; y así como es imposible que se salve el que no es protegido por María, es también imposible que se condenen aquellos á quienes sirve de abogada (1).

La Iglesia infalible nos enseña que los que huyen de María hallan la muerte, y que por el contrario el devoto de María encuentra la vida: *Qui me oderunt diligunt mortem. Qui me invenerit inveniet vitam. Qui elucidant me vitam aeternam habebunt.* Como la Madre de Dios sea la razón secundaria de nuestra salvación, conviene lo sea del mismo modo de nuestra predestinación; y puesto que en el cielo todos los ángeles y santos le forman corte á la diestra del Eterno Padre, fórmansela en la tierra y se pre-

(1) San Anselmo.

PREPAREMONOS

á celebrar la fiesta de María Auxiliadora.

La devoción á María sumamente recomendada á la cristiandad entera, es simpática y necesaria á todos los fieles, pero lo es singularmente á los Salesianos quienes traen origen de la inspiración, de la Santísima Virgen á su siervo Don Bosco, se cobijan bajo el manto de María y en ella cifran su mayor confianza.

paran á ser sus cortesanos en la gloria los que acá la honran llevando su librea. María promete á éstos su constante protección é intercesión omnipotente: *Quod Deus imperio, tu prece, Virgo, potes*. Aunque toda la corte celestial pidiera mi condenación, seguro estaría de salvarme con solo el patrocinio de María, afirma el docto Suarez.

Dichoso ¡oh María, el que os ama! exclamaba San Juan Berchmans; *si amo á María, cierto estoy de obtener la gracia de la perseverancia y de alcanzar de Dios cuanto le pida*. Por esto aquel Santo no cesaba de renovar su consagración á la Santísima Virgen y de repetir entre sí: *Amo á María; quiero amar á María*.

San Ligorio no olvidaba jamás en sus misiones hacer una predicación sobre la misericordia de María, y aseguraba que era la más provechosa de todas.

Afirma S. Germán que el que pronuncia con afecto el nombre de María tiene ya la vida de la gracia, ó en breve renacerá á ella. Sólo se pierde el que no acude al Auxilio de los Cristianos (1), pues que la devoción á María es el salvo conducto para no ser desterrado al infierno, conforme la feliz expresión de San Efrén. Quien sirve á la Reina del Cielo y obtiene su intercesión, puede estar tan seguro de alcanzar la felicidad eterna como si ya estuviese en ella (2). Felices, mil veces felices los que obtienen el favor de María, dice S. Buenaventura, pues los socorrerá particularmente á la hora de la muerte, los acompañará y alentará en el divino tribunal y merecerán ser recibidos por los bienaventurados como compañeros suyos.

¿Queremos saber si nuestro nombre está escrito en el corazón de María? Nada más fácil, que seguramente lo está si el nombre de María está escrito en el nuestro. ¿De qué sirve, pues, el inquietarnos con las sentencias de los sabios, sobre si la predestinación á la gloria precede ó subsigue á la previsión de los méritos? ¿Si nuestros nombres se hallan ó no escritos en el libro de la vida? Si somos verdaderos siervos de María, y obtenemos su protección, sin duda estamos escritos en él, porque, según sentencia de grandes santos, Dios no concede la devoción de su augusta Madre sino á los que quiere salvar.

(1) S. Ligorio.

(2) El Abad Guericco

Al que está marcado con el sello de María, Dios le reconoce por suyo.

Oídlo vosotros todos los que anheláis el paraíso, exclama S. Buenaventura; servid, honrad á María y hallaréis infaliblemente la vida eterna.

Debemos tener presente que una gracia espiritual ó temporal que nos hace María no es sólo exprexió ineqüívoca del amor que nos tiene, sino una señal manifiesta de que nos quiere salvar; porque esa gracia es tan sólo un medio de que se vale para avivar nuestro afecto hacia ella y nuestra confianza en su bondad.

Esta buena Madre, decía Don Bosco, nos tiene ya preparados sus favores; sólo quiere que se los pidamos con todo corazón y le prometamos ayudar y promover las obras más conformes á la gloria de Dios, honor suyo y salud de las almas, en especial la educación de la niñez pobre y abandonada, como lo hacen nuestros amados Cooperadores. Sí, invocadla con fervor y confiad en que os concederá toda gracia que no se oponga al bien de vuestras almas.

Gracias de María Auxiliadora

Eficacia de una novena. — Advertida cierto día de que una amiga mía se hallaba desahuciada y que, recibidos ya los últimos sacramentos, había declarado el médico que no vería el alba del día siguiente, fuí á verla en el acto, y acompañada de sus dos hijas comenzamos como supremo recurso una novena al Sagrado Corazón de Jesús y á María Auxiliadora para obtener la curación de la enferma.

A poco se notó un cambio admirable: el médico quedó maravillado al notarla muy mejor al día siguiente, y en breve recobró enteramente la salud.

La madre y sus hijas me ruegan dé publicidad á esta gracia de María Auxiliadora.

BEATRIZ NEGRI.

Biella, 13 de mayo de 1889.

* * *

María conserva una madre á sus hijos. — Una señora llamada Teresa Ghiozzo hacía pocos días que había quedado viuda cuando cayó enferma de fiebre tifoidea y, según los doctores, la muerte parecía inminente. ¡Qué desgracia! tenía cinco hijos y era menester resignarse á dejarlos en la horfandad.

Mas animada á confiar en María Auxiliadora, pusieronle una imagen suya que tenía escrita en el reverso una jaculatoria de puño y letra de Don Bosco.

¡Oh prodigio! Pasadas cortas horas, cesa la fiebre y la enferma entra en convalecencia. Aquello era humanamente inexplicable. Ahora, completamente sana, bendice á María y publica la gracia alcanzada por su omnipotente intercesión.

R. C. de Moirano.

6 de junio de 1889.

* *

Liberación de una plaga de langostas. — Amadísimo Sr. Don Rua: Las langostas son uno de los más terribles azotes de este país. Vienen de los bosques del Brasil y Bolivia en tan gran copia que forman por leguas enteras una densa nube que cubre el sol, y al detenerse en un lugar no dejan ni una hoja, ni asomo de verdura, que roen hasta las tiernas cortezas de los árboles.

El año pasado con venir á Paisandú la redujeron á la miseria. Temíase en este año una invasión semejante. La familia del general Borges que allí tiene grandes propiedades había ya por precaución hecho colocar acá y allá grandes montones de hojas y heno para prenderles fuego y ahuyentarlas con el humo.

Pero ¡cosa inaudita! Una tarde aparecen á lo lejos y avanzan con tal rapidez que causaba asombro y hacían desfallecer todo esfuerzo. Aquellos insectos llegaron á cebarse en las mieses, prados y frutos como un ejército devastador, y la familia se encerró en su casa para no presenciar semejante desastre.

Pero ocurrióle una feliz idea á una de las hijas de la familia. Toma una imagen, la manda colocar sobre un árbol y luego, unida á sus compañeras, todas se encomiendan á María Auxiliadora á fin de que libre aquella tierra de tan inevitable destrucción. ¡Oh bondad de María! A la madrugada del día siguiente no se veía ya ni una langosta: no habían tocado ni una mata, ni una flor. El milagro era patente. Todos aquí han quedado maravillados en extremo, y para que se aumente en los fieles la confianza en María le envío esta breve relación.

De U. afmo. hijo

LUIS LASAGNA

Presbítero.

Montevideo, 9 de diciembre de 1891

El Católico debe ilustrarse en su fe

Un gran problema se ofrece hoy á la humanidad. Una plaga inmensa de males intelectuales y morales invade al mundo y hace presagiar espantoso porvenir. Si tantas desgracias deploramos ya de personas que han recibido educación cristiana, ¿qué no deberemos temer de la juventud que va formándose, viciado el corazón y pervertido el juicio con las falsas, nefandas y subversivas doctrinas de las sectas impías, enemigas declaradas de Dios y su religion? Es pues un asunto del mayor interés y por decirlo así de vida ó muerte el que debe resolverse en nuestra época; éste es el de infundir ideas profundamente cristianas á la generación presente: es menester que todo católico se afirme en su fe, y eduque é instruya cristianamente á la niñez. Hé aquí el problema capital y la cuestión más alta y noble por excelencia.

Por una parte no cabe duda que el porvenir de los pueblos pertenece á la juventud; por otra es bien manifesto que sólo de las enseñanzas del divino Redentor emanan las puras costumbres, únicamente en ellas se apacienta colmadamente el alma, se produce la paz de las familias y la felicidad de todas las clases sociales.

Mas ¿qué medios emplear para conseguir tamaños bienes? La razón y la experiencia enseñan que el más seguro es la enseñanza del Catecismo, código sublime, y de incomparable verdad, « magnífica síntesis que explica todos los enigmas, disipa todas las dudas, rebate todas las dificultades, lazo misterioso que une al hombre con Dios, el cielo con la tierra, el tiempo con la eternidad; y todo esto sin esfuerzo de palabras, sin ambages, con suma claridad, de tal modo que basta tener oídos para escuchar y corazón dócil para creer y amar. »

Ni Sócrates, ni Platón, ni sabio alguno de la antigüedad vislumbró una obra semejante.

Es por tanto indispensable dar á este estudio la importancia que merece, que no hay otro más útil ni más necesario, como quiera que es el fundamental, el áncora de salvación, la antorcha de luz para alumbrar nuestro camino, disipar las tinieblas amenazadoras y permitirnos entrever tiempos mejores.

* *

Desde el origen del Cristianismo, los mayores santos y los genios más ilustres se consagraron con particular diligencia á la enseñanza del Catecismo. Orígenes era catequista en Alejandría, San Cirilo en Jerusalén, San Agustín, sin hablar de los demás Santos Padres de la Iglesia, lo fué insigne, tanto de palabra como por escrito; para San Carlos Borromeo, San Francisco de Sales y otros mil enseñar el Catecismo era su trabajo de predilección. Pero ésta no ha sido obra exclusiva de los eclesiásticos, que también muchos seglares de gran doctrina y piedad han hecho lo mismo. El sabio Gersón, Alejandro Volta y De Maistre tenían á mucha honra hacer el Catecismo.

Los incrédulos mismos, aun más cínicos, reconocen la importancia de este estudio. Así Diderot, uno de los corifeos de la filosofía impía del siglo XVIII, sin atravesarse á confiar á nadie la educación de su hija de diez años, se encargó de enseñarle personalmente el Catecismo. Cuéntase que M. Beauzé, amigo suyo, le sorprendió en cierta ocasión dando tales lecciones: ¡Cómo, exclamó, tú enseñas el Catecismo á tu hija! ¿Te estás burlando? — Y Diderot, que quería ser impío con sus amigos, pero no en presencia de su hija, arqueó las cejas y respondió severamente: Si yo conociese un libro mejor para hacer de mi hija una niña respetuosa y tierna, buena mujer y digna madre, se lo enseñaría; pero, á la verdad, que no conozco más que el Catecismo que le pueda enseñar todo esto.

Sin hacer mención de otros muchos, baste recordar que Napoleón I enseñó pacientemente el Catecismo durante dos años consecutivos á la hija del incrédulo general Bertrand. Y, por fin, Troplong, célebre presidente del Senado y Tribunal supremo de París, cuando en punto de muerte se disponía á recibir los últimos sacramentos, dijo: *Después de haber leído, estudiado y vivido mucho, reconozco que nada hay más hermoso, verdadero y admirable que el Catecismo.*

* *

¿Qué razón podrá entonces alegarse para arrinconar si no para desterrar este libro? ¿Tenéis hijos? — Recordad el deber que el Señor os impone de instruirlos, dice el Eclesiástico. Grande, muy grande es vuestra responsabilidad. « ¡Oh,

vergüenza! exclama San Juan Crisóstomo; no se ahorra dinero para fertilizar un campo, para la comodidad de una habitación, para el regalo de la mesa, el esplendor del carruaje y hermosura de los caballos; y no se quiere hacer gasto alguno para que los hijos lleguen á ser más cristianos y morales. »

Gracias al Cielo, no faltan buenos católicos que, estimando en lo que vale la santa obra de que hablamos, se consagren á ella con celo y constancia dignas del mayor aplauso. Su ejemplo merece ser imitado: no se diga que faltan los medios, que una vez puesta mano á la obra la caridad cristiana los suministra. También en este punto son de aplicarse las palabras del Señor: *Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, que lo demás se os dará por añadidura.* Alién-tenos la exhortación del inmortal Pontífice Pío IX: *Os recomiendo la niñez y la juventud; cultivad con grande esmero su educación cristiana.* Y luego la no menos ardiente de Su Santidad León XIII: *Redoblad vuestras fuerzas á fin de apartar á la niñez y juventud de la corrupción é incredulidad y preparar así una nueva generación.*

Breves indicaciones para la enseñanza del Catecismo.

La buena instrucción del niño depende principalmente de su preceptor ó maestro. La infancia no sabe resistir á quien procura diligentemente ganarle el corazón. La naturaleza ha dado á las madres una ternura inefable, una voz y una mirada que expresan toda la pasión del amor y que les permite insinuarse con indecible encanto en el ánimo de sus hijos.

El catequista hace las veces de padre y madre, sin olvidar que el secreto para cautivar las almas, hacer germinar en ellas los más delicados sentimientos cristianos y llevarlas á Dios es el afecto, la benevolencia y dulzura. *El mundo será de aquel que más le ame y mejor sepa mostrárselo.*

Para que la instrucción sea eficaz, con aquel mágico poder que obra maravillas, es menester que el catequista sepa darse á entender de los niños y les haga agradable, á manera de un pasatiempo, la enseñanza religiosa. No es esto tan sencillo, que se requiere gran celo y esfuerzo.

Los mejores maestros, los obispos más eminentes aconsejan singular estudio previo. Mas como aunque el hombre plante y riegue, sólo Dios da el incremento, es preciso ante todo acudir á Él por la oración.

Es de suma importancia:

1º Entretener la atención de los niños con frecuentes y variadas preguntas; que debiendo ellos hablar, es fuerza que agucen el ingenio y reflexionen más detenidamente sobre lo que se les enseña. Sería de desear que ningún niño al concluir la instrucción pudiera quejarse de no haber sido interrogado.

2º Exponer la verdad del modo más claro, sencillo y preciso, abundando en hermosas comparaciones, parábolas y bien escogidos ejemplos.

3º No divagar en cuestiones meramente especulativas, y sí prestar particular atención á lo que toca á la vida práctica, como, v. gr.: del modo de resistir á las tentaciones (hablando con suma prudencia y discreción sobre cuanto ofenda la virtud angelica), de cómo deben huírse las ocasiones de pecado, de la manera de practicar la obediencia, santificar el trabajo, aprovechar el tiempo, etc.

4º Dar cierta novedad á cada instrucción: un certamen, una fiesta, un paseo, etc., son cosas que atraen multitud de niños; una instrucción por medio de diálogo suele ser interesantísima. No debe perderse de vista que con prodigar los premios y aplausos se disminuye su estimación é importancia.

5º No cansar con largas instrucciones, que los niños pronto se distraen y fastidian, y entonces en vez de ganar se pierde con retenerlos demasiado tiempo, aunque sea para enseñarles las cosas más importantes y sublimes.

6º Recomendar encarecidamente á las familias, por medio de circulares, cartas y anuncios la cooperación á esta santa obra.

7º Dar la mayor solemnidad posible á la fiesta de la primera Comunión (1).

No es fuera de propósito recordar el hecho siguiente: Un buen párroco se lamentaba un día de que los niños no acudían á su iglesia para la enseñanza dominical del Catecismo. Recibió entonces un consejo no menos sencillo que eficaz:

(1) Véase el MANUAL DE LA PRIMERA COMUNIÓN del Presbítero Salesiano Camilo Ortúzar, del cual tomamos estas indicaciones.

Organizad, se le dijo, una feria ó lotería expresamente para los que hayan sido asistentes al Catecismo. ¿Qué costaba en efecto regalar algunos puntos ó billetes convertibles en libros, dulces, juguetes ó prendas de vestir? No obstante aquel consejo fué como un secreto mágico: al cabo de pocas semanas era ya tal la concurrencia al Catecismo dominical que el párroco necesitó buscar nuevos colaboradores y llamar en su ayuda á las Hijas de María.

Mons. Riccardi, Arzobispo de Turín

Sucesor del Em.^o Cardenal Alimonda

El 27 de Marzo, cuarta dominica de cuaresma llamada, vulgarmente *Dominica Letare* á causa de que la misa que en ella se celebra comienza con la exhortación de San Pablo *Alégrate y vístete de fiesta*, la Iglesia de Turín, viuda con la muerte de su doctísimo y no menos santo Arzobispo, se enjugó el llanto y vistióse de gala para recibir con entusiasta alegría al ilustre Monseñor David Riccardi antes Obispo sucesivamente de Ivrea y de Novara.

Ya Monseñor Riccardi había dirigido una carta pastoral de gran mérito y llena de ternura á los fieles de su nueva grey. Decía en ella que cuando el Sumo Pontífice le llamó al Arzobispado de Turín se sintió en extremo conmovido y confuso. Pasó una noche en agitación, luego celebró la santa Misa, al fin de la cual se ofreció á Dios y le dijo: « El Papa me llama, sois, pues, vos Señor, quien me llama, y obedeceré. » Estas sencillas pero elocuentes palabras que revelaban la mente y corazón del ilustre Prelado encendieron pronto el deseo de conocerle y ofrecerle las expresiones más vivas y sinceras de respeto, amor y fidelidad. Por esto el día de su llegada fué de expansión y regocijo. Por nuestra parte nos congratulamos muy de veras y damos á Monseñor Riccardi la más cordial bienvenida. Qué su residencia en esta arquidiócesis sea un manantial de paz y religión, y que con su piedad y celo consuele á la Esposa atribulada de Cristo. Bendiga Dios los trabajos de su apostolado de modo que á cada dolor acompañe mayor consuelo y siga á cada combate un triunfo.

La cúpula del santuario de María Auxiliadora en Turín.

Muchas son las personas de Turín y extranjeras que continúan visitando la iglesia de María Auxiliadora, ya para orar en el santuario devoto y bendito, ya para admirar la elegante ornamentación recientemente llevada á cabo. Todo es allí digno del estudio aun de los más hábiles artistas; y si muchas son las obras maestras que merecen especial mención, nos concretamos ahora á dar un

vienen en seguida al rededor grupos á cual más digno de atención: San Francisco de Sales, San Carlos Borromeo, San Felipe Neri, San Luis Gonzaga, San Basilio, Santa Teresa de Jesús, San Juan Bautista y otros patronos de las principales Casas Salesianas, todos los cuales parece que invocan la intercesión de María. Allí se ve San Juan de Mata, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad, y cuya eroica virtud mereció los elogios más entusiastas de los mismos impíos, inclusive el cínico Voltaire.

Allá está San Pedro Nolasco, fundador de



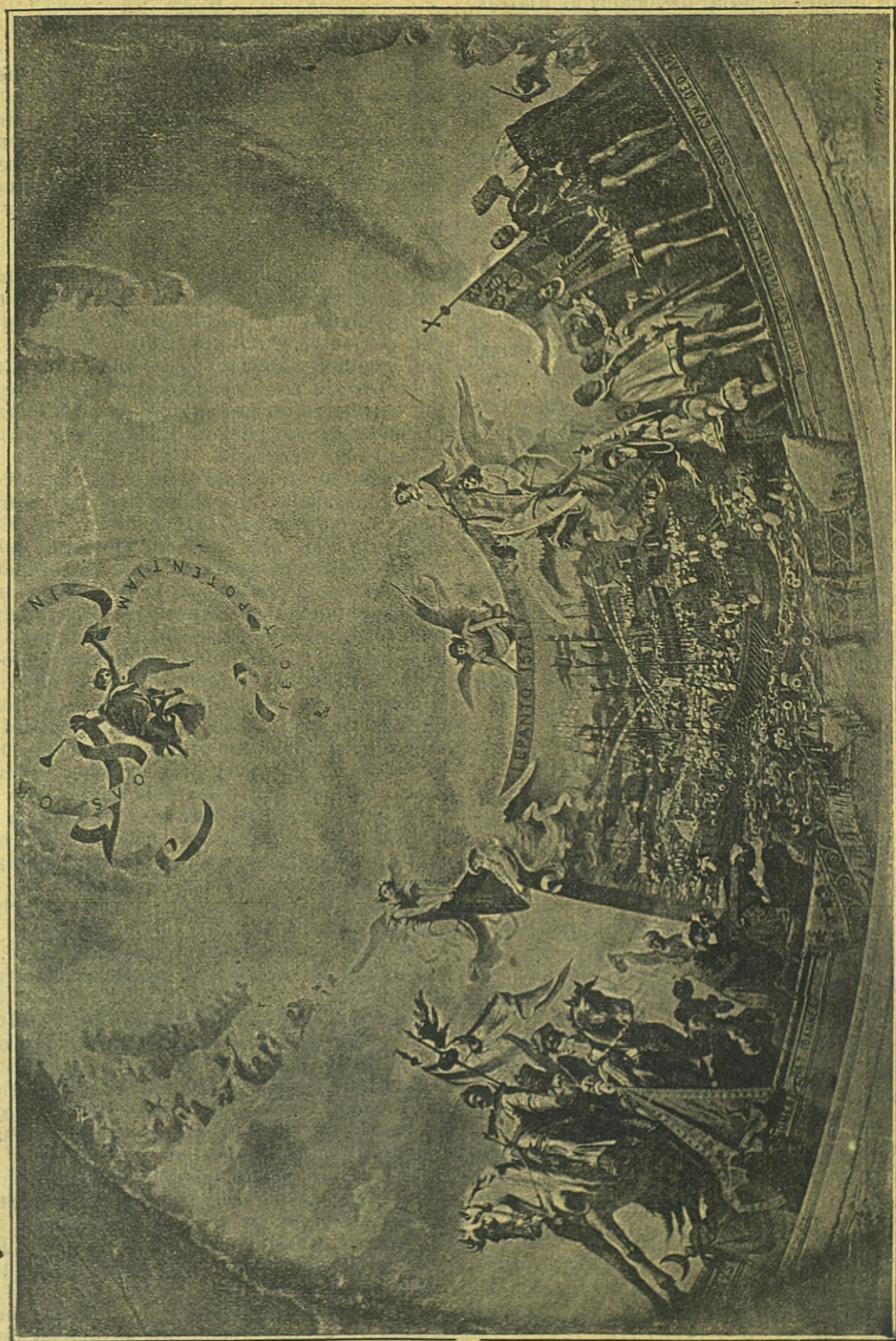
Mons. Riccardi arz. de Turín.

grabado de la parte de la cúpula que mira al altar mayor, y el cual es como la continuación del que ilustró nuestro *Boletín* del mes próximo pasado.

Esta cúpula, con nueve metros de alto y diez y siete de diámetro, pintada al fresco por el célebre maestro Rollini, antiguo discípulo de Don Bosco, no es otra cosa que la historia del culto de María Auxiliadora. La Santísima Virgen con su divino hijo en brazos, y sentada en un trono, tiene á San José á su derecha y á San Miguel á la izquierda; luego acá y allá ángeles, arcángeles, coros, multitud de bienaventurados;

los Mercedarios por inspiración de María, y á su lado uno de sus más ilustres compañeros San Ramón Nonato. Acá tenemos un cuadro acabado que representa la victoria de Lepanto; allá otro no menos primoroso recuerda la liberación de Viena. A un lado está el gran Pontífice Pío VII, quien, hecho prisionero por Napoleón, recobró la libertad mediante la protección de María Auxiliadora. A otro lado está la Pía Sociedad Salesiana: Don Bosco, Monseñor Cagliero, las Hijas de María Auxiliadora, varios misioneros rodeados de patagones y fueguinos que expresan la gratitud á sus bienhechores. Si es nota-

SANTUARIO DE MARIA AUXILIADORA
Pintura de la cúpula por el maestro JOSÉ ROLLINI.



Parte que mira al altar mayor.

ble en gran manera cada grupo, el conjunto es majestuoso y sorprendente.

Y es circunstancia digna de indicarse: esa cúpula inspira singular devoción; al fijar los ojos en ella uno se siente sobrecogido de cierto piadoso sentimiento como delante de magnífico altar, en que atrae sobre todo con la bondad más tierna la imagen preciosísima de María Auxiliadora.



NOTICIAS DE NUESTRAS MISIONES

Colombia.

Un sacerdote salesiano al servicio de los leprosos.

Es ya tiempo de hablar de la generosa resolución tomada por el misionero salesiano R. P. Miguel Unia. La correspondencia que publicaremos sobre el particular bastará para el conocimiento exacto de su heroico sacrificio.

Conviene primeramente advertir que como el año próximo pasado viniera de Bogotá el R. P. Evasio Rabagliati, Director de la Casa Salesiana establecida en aquella capital, encargó nuestro Rector Mayor Don Rua que, en llegando de regreso á América, visitase á Méjico á fin de tomar las medidas del caso sobre la aceptación de una casa que de años atrás se tiene destinada á los Salesianos.

De vuelta el R. P. Rabagliati en Bogotá, se le ofreció tan gran trabajo en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen confiada á la atención de los Salesianos que juzgó no poder ausentarse, sin gran perjuicio de los fieles, ni siquiera por pocas semanas. Escribió en consecuencia á Don Rua para que en caso de no poderse diferir semejante viaje se sirviera mandar algún otro sacerdote en su lugar.

Aprobó Don Rua las razones de Don Rabagliati y encargó al R. P. Miguel Unia Prefecto de la Casa Salesiana de Bogotá la comisión que á Don Rabagliati no le había sido dado efectuar. Añádiale que si visitando la casa ofrecida en Méjico juzgaba conveniente aceptarla, quedara allí como Director de ella esperando nuevos auxiliares de la Casa de Turín.

Mientras esta respuesta iba en camino llegaron á Don Rua las dos cartas siguientes:

Inspiración y generosa resolución.

Bogotá, 18 de agosto de 1891.

REVMO. SR. DON RUA:

El Señor se ha dignado favorecerme de un modo singular, pues me concede una gracia muy señalada con inspirarme el deseo de consagrarme al cuidado espiritual de multitud de pobres leprosos confinados entre las montañas de esta República á fin de que su mal no contagie á su conciudadanos y los libre de temor.

¡Cuán infelices son! No menos de seiscientas personas desterradas del suelo natal hallanse en el *Lazareto de Agua de Dios* á tres jornadas de Bogotá, sin relación alguna con parientes y amigos, que á deshonra tienen hasta escribirles, y, lo que es aún más doloroso, sin un sacerdote que las aliente con los consuelos de la religión, únicos capaces de hacerles sobrellevar resignada y pacientemente su desgracia.

Pensando en la tristísima condición en que viven me asaltó una feliz idea que acarició luego el corazón. ¿Y si yo fuera á servirles de padre? Me sentí por un momento sobrecogido de temor, pero no tardé en serenarme y pensar con madurez sobre este punto. Mucho, mucho medité en ello, y mientras más lo reflexioné me sentí más dominado por esta idea, y más movido á realizarla. Sólo me faltaba el consentimiento de mi Director. Cuando le expuse mi súplica, pareció horrorizarse. Si se tratara de exigirme á mí semejante sacrificio, me dijo, confiando en Dios, lo aceptaría gustoso; pero exponer á peligro de no lejana muerte á un hermano, eso no.

— No se trata de que me exponga á peligro alguno, sino de que condescienda conmigo, esto es, de que me permita seguir el deseo á que me arrastra el corazón.

Me oyó hablar y cayó. — Piénsalo bien antes de decidirte.

— Lo he pensado muy detenidamente.

— Piénsalo aún varias semanas y después hablaremos.

— Yo no podía estar tranquilo. Cada día iba á mi Director á hablarle de los leprosos de *Agua de Dios*.

Por fin me dijo: — Basta, si te sientes con tanto valor yo no puedo impedir que vayas á ejercer la caridad entre aquellas almas. ¿Pero cuándo quieres partir?

— Lo más pronto posible.

— Bien; te permito ir á consolar á los leprosos de *Agua de Dios* y permanecer allí hasta que nuestro Rector Mayor Don Rua determine definitivamente. Dios bendiga tu resolución.

Difundióse sin demora la noticia por la ciudad, y pronto recibí un despacho de la Curia en el cual se me extendía el título de capellán de *Agua de Dios*. Este nombra-

miento es la confirmación de que Dios me llama á aquel lazareto. Vinieron en seguida multitud de amigos que creyendo me hubiera vuelto loco trataban de disuadirme; pero hubieron de convencerse de que soy de cabeza dura y me dejaron tranquilo. Llegaron á su vez los médicos, quién á sugerirme una precaución, quién otra. Ya veré allá lo que será posible y conveniente poner en práctica.

Antes de partir le escribo á Ud. Sr. Don Rua rogándole no contrarie un llamamiento que creo firmemente de Dios. No piense en mi vida: no despreciaré ninguna de las sabias medidas aconsejadas por los buenos amigos, añadiré las que la experiencia me enseñe, y si con todo Dios quiere que aquella fatal enfermedad me acometa, Él que me habla al corazón me dará paciencia para soportarla y habré de felicitarme de haber servido al Señor en la persona de tantos infelices. Esos leprosos son almas redimidas como todas las demás con la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, almas las más desgraciadas del mundo, porque á más de los padecimientos físicos mucho sufren moralmente con verse abandonadas, sin sacramentos ni sacerdote, ni más ni menos que los salvajes de la tribu no evangelizadas de la Tierra del Fuego.

Emprenderé viaje en esta semana y espero celebrar la santa Misa entre los leprosos de *Agua de Dios* en los primeros días de septiembre. No tardaré en darle noticia de mis nuevos amigos, y allí esperaré su respuesta que confío sea afirmativa. Entre tanto me encomiendo en sus oraciones y tenga á bien darme su bendición.

Suyo afmo. hijo y siervo

MIGUEL UNIA

Presbítero.

Entre los leprosos. — Primeras impresiones.

Agua de Dios, 28 de agosto de 1891.

REVMO. SR. DON RUA:

¿Qué impresión habrá producido en el ánimo de Ud. mi inesperada carta del 18 de los corrientes? ¿Don Unia entre los leprosos!

Dos días hace que he llegado á *Agua de Dios*. Me siento bien. ¿Qué hermoso lugar! Es un vasto anfiteatro circundado de montes y colinas deliciosas, de espesos bosques y frescos prados. A la verdad que es encantador. El suelo es feraz y su cultivo promete abundante fruto. ¿Pero qué esperanza! Nadie se acerca por acá, que se tiene vivo miedo á la lepra. ¡Ave María! Si tiemblan á la vista de un leproso y no se quiere ni oír el nombre de esta peste. Quien llega á este lazareto es objeto de pública abominación. No es, pues, fácil volver á Bogotá, y luego tres días á mula con mil tropiezos y bajo un sol de derretir las piedras no es cosa de paseo. Añádase todavía al menos una

docena de cuarentenas para salvar los muros de la capital y ya se adivinará si es de apetecer ir á dar una vuelta en poblado.

Gracias á Dios, mi viaje fué felicísimo. El recibimiento fué de lo más conmovedor. Advertidos de mi arribo los vecinos estaban desde temprano en movimiento. Eran las 11 de la mañana, la hora de mayor calor, y no obstante todos los que podían dejar la cama quiénes á pie, quiénes á caballo salieron entusiasmados á mi encuentro. Las lágrimas se me saltaban al ver entre los demás un centenar de niños con pequeñas banderas y un grupo de niñas vestidas de blanco con palmas y flores en las manos, todos cantando himnos de alabanzas á Dios por mi venida.

Pero lo que sobre todo me partió el corazón fué ver los leprosos á quienes la enfermedad no les permite siquiera abandonar el lecho. ¡Pobrecitos! Son más de cincuenta que apenas parecen seres humanos. No pocos están hechos una llaga de pies á cabeza: son como esqueletos en putrefacción. A uno falta un brazo, á otro una mano, ó un pie; ya se presenta uno sin narices, ya otro sin orejas... ¡las carnes se les caen á pedazos...! y me dicen que algunos viven diez y más años en tan lastimoso estado.

Ante tamaño infortunio y desolación sentí que se me oprimía el corazón y quedé como alelado. Pero aquellos infelices parecían recuperarse al verme: advertíase en su semblante un no sé qué de insólito en el que sufre indeciblemente; con la sonrisa en los labios, la vivacidad de los ojos y cierto movimiento de sus cuerpos llagados manifestaban su contento por mi venida. Sentí gran consuelo, y cobrando valor hice un saludo especial á cada uno. Esto bastó para que todos en la manera posible prorrumpieran en expresiones del más sentido agradecimiento.

¡Oh, almas hermosas! bien comprendo vuestro dolor. Aquí me quedaré con vosotras; he venido á compartir vuestras penas y sufrimientos, á alentaros á soportar con paciencia vuestra desventura, os traigo los consuelos del Cielo. Espero no separarme nunca de vuestro lado.

Querrá Ud. saber qué hago en este lazareto. Es menester comience por advertirle que entre leprosos, convalescientes y sanos viven aquí más de mil doscientos personas. No habiendo más sacerdote que yo, debo atender al bien de todas estas almas, celebrar la santa misa, administrar los santos sacramentos, visitar á los que sufren, consolarlos y enseñar el catecismo á los niños en lo cual me ayudarán varios señores enfermos bien instruídos. Trabajo no falta, y hay más que suficiente para entretenerme en el lazareto de *Agua de Dios* durante toda mi vida.

Si me viene la lepra, lo que Dios no permita, si bien mucho sentiré no poder cele-

brar el santo sacrificio, siempre me será posible confesar y consolar á los demás.

Me siento feliz entre los leprosos. Es verdad que sufro un poco el gran calor, ordinariamente de 30 á 35 grados centígrados; pero ya me habituaré, y con la ayuda de Dios espero mantenerme siempre digno hijo de Don Bosco y de Ud. Sr. D. Rua, aun en esta nueva ocupación. A este fin me encomiendo al Señor y en las oraciones de estos pobres enfermos, que sin duda alguna serán bien gratas al Cielo.

La habitación que me han asignado, separada de las demás, consiste en dos cuartos al nivel de la tierra, como son todos los palacios de esta población, y cubierta de hojas de palma, por entre las cuales fácilmente pueden pasar las aguas lluvias; pero esto no vendrá mal en los calores que se padecen. Han puesto á mi servicio un buen muchacho que me trae de comer dos veces al día, precisamente como el cuervo lo hacía con el santo ermitaño. El pan es duro porque no es fruta de esta tierra, sino que se trae de Bogotá. El agua, en contradicción con el nombre del país, parece agua del infierno: se acarrea á lomo de mula, de un paraje distante. Con todo es una delicia beberla. Ahora están preparándose una pequeña cocina á fin de que el niño de que le he hablado me acompañe de firme. Si Ud. Señor Don Rua me lo permitiera yo llamaría mi vivienda la *Familia Salesiana de Agua de Dios*.

Termino, Sr. Don Rua, poniendo toda confianza en la gran bondad de su corazón, que se dignará aprobar la resolución tomada y gozará con saber que estos infelices reviven con los consuelos de la Religión.

Protestándole la más absoluta sumisión á sus órdenes soy de Ud.

De vmo. y affmo. hijo en J.

MIGUEL UNIA

Presbítero.



Cuando recibió Don Rabagliati la mencionada respuesta de Don Rua, creyó que hubiera ya tenido á la vista la primera de estas cartas que iba también acompañada de una suya en favor de semejante solicitud. Comunicó, pues, inmediatamente á Don Unia la orden de partir á Méjico.

A la noticia de ésta resolución el dolor fué universal. Don Unia contristado profundamente en su ánimo, dispúsose á someterse á la obediencia, más acepta á Dios que el sacrificio, y se dispuso á partir. Pero no podían resignarse del mismo modo los pobres enfermos, los cuales escribieron al punto á Don Rua la súplica siguiente:

SUPLICA DE LOS LEPROSOS

Al M. R. Don Miguel Rua Superior de la sagrada Orden de los M. M. R. R. Padres Salesianos. Turin.

La civilización cristiana transformando la faz del mundo prodiga al Nuevo Continente incomparables beneficios: conduce de allende los mares una parte de la Orden de los RR. PP. Salesianos á Colombia para adelanto de la Patria y como delicado presente del Altísimo para el infortunado y menesteroso.

Inspirado por la Providencia y movido por la Caridad, uno de los ilustres miembros de esta Comunidad, el M. R. P. Miguel Unia, se dirigió á este Lazareto con el elevado propósito de ejercer su santo ministerio en este asilo del dolor.

Desde el día feliz de su arribo á este Establecimiento, parece que se operó una metamorfosis saludable y que tenemos nueva vida. Nuestro Capellán que ha atesorado en su alma y en su corazón virtudes excelsas, las pone en práctica con dulzura patriarcal para consolar y fortalecer al desgraciado. Su alma angelical y corazón sublime, buscan el lugar donde se halla el dolor en sus manifestaciones supremas, porque allí se encuentran en su elemento ejerciendo la caridad con amor evangélico, procurando consuelos y caricias á los afligidos.

El nombre del R. P. Unia simboliza amor y caridad, se pronuncia con cariño y veneración hasta en la más humilde choza; en Bogotá, capital de la República, se le considera como un héroe que ofrenda su vida en aras de la Caridad, se le admira, y no muy tarde será universal la fama de este piadoso Ministro, porque la virtud en un grado superlativo tiene que ser conocida en todo el orbe, como la luz del sol se esparce por el globo.

Como en Bogotá averiguó donde pudiera ser más útil y procurar mayores consuelos á la humanidad doliente, se informó que en este asilo el dolor reunía sus víctimas, solícito se dirigió á ser nuestro Angel Tutelar; una vez aquí también eligió el lugar donde se hiciera sentir con más rigor el peso del infortunio, y encontró el hospital que es su lugar de predilección, pues visita á los enfermos diariamente tres veces, les ofrece el santo sacrificio de la Misa el lunes y administra los sacramentos con santa unción, y consuela y excita á la resignación con cariño paternal.

Sorprende el desprendimiento que tiene por los bienes terrenales y la ninguna importancia que le da al sacrificio que se ha impuesto al venir al Lazareto, y á las privaciones á que se ha sometido, así como la impavidez con que mira la enfermedad hasta en sus últimos períodos.

En nombre de la imperiosa necesidad que

el alma siente de fortificar sus creencias y de cultivar las buenas disposiciones con que ha sido dotada y por medio de su práctica aproximarse á su Criador, os pedimos humildemente que, como Superior de la Orden, conservéis en el Lazareto á nuestro dignísimo Capellán, porque hemos sabido con profundo dolor, que se pretende trasladarle á Bogotá, á reemplazar al M. R. P. Superior Evasio Raggiati.

Al alejarse el M. R. P. Unia de nosotros volarían con él nuestras más caras esperanzas y risueñas ilusiones; nos prometemos que con su permanencia este lugar adelantaría notablemente, porque la sociedad lo mismo que el Gobierno y la Junta General de Beneficencia, que rige este plantel, están dispuestos á atender todas sus indicaciones las cuales tienen por objeto mejorar nuestra triste condición.

Debemos haceros presente que hoy el R. P. Unia es el consuelo de 620 infortunados y que dentro de poco tiempo lo será de 1500 que el Gobierno ha resuelto reunir en esta localidad.

Confiamos en vuestro justo criterio y en la piedad de vuestra alma, que se resuelva favorablemente nuestra súplica y ya que no tenemos la salud del cuerpo se nos proporcionen los consuelos del espíritu, para tener el placer de bendecir á nuestros bienhechores.

Imploramos la indulgencia y bondad de vuestro carácter por nuestra importunidad, y con respeto nos suscribimos vuestros admiradores y amantes hijos.

República de Colombia, Lazareto de Agua de Dios, á 17 de octubre de 1891.

Angel M. Gaitán R., Antonio Gutierrez Perez, César E. Rojas, Rafael Salgar, Rafael Millán, Darío Forero, Alejandro Ronderos, Alejo García, Pedro Galvis, Eudoro Valdez, Crisóstomo Bautista, Jesús Bernal, Telésforo Rojas, José M. Aya, Eustaquio Sanchez, Nemecio Lee, Eladio Parra M., Ignacio Santos, I. Duarte, Daniel Nieto, Elías Quiñones, Emperatriz Quiñonez, Reinaldo M. Lee, Clementina Quiñones, Joaquín Bravo, Emilia Moreno, Federico Reva, Leticia Franco G., Teresa Franco G., Gabriel Ruiz C., Aurelia C. de Ruiz, Soledad Ruiz R., Heraclio Forero F., Josefa L. de Forero, Rafaela Soto, Carlos Navarro, Enrique Aguilera, Fidelia G. de Valdez, Jesús Teleche, José M. Montero, Francisco Borrá S., Tomás D. Sanchez, José Enrique Parra, Emilia P. de Bernal, Mercedes P. de Sanchez, César R. Rojas, María di G. Guevara, Dionisio Araos B., Feliciano Fajardo de Gonzalez, Jesús Torres, Ramona Medina, Mercedes Medina, Enrique Barrera, César Bernal, Ramona Vargas, M. de Jesús Ramirez de R.

Don Unia escribió la siguiente carta antes de abandonar á la familia adoptiva por la la cual sentía ya tanta afección.

El hijo de la obediencia.

Agua de Dios, 14 de noviembre de 1891.

REVMO. SR. DON RUA:

Contesto la apreciada de Ud. que me ordena ir á Méjico.

Soy hijo de la obediencia y por mucho que sienta dejar este lugar, me someto de buen grado á su disposición.

Sí, partiré y daré un adiós á mis leprosos disformes, repugnantes y horribos; pero á quienes tengo pegado el corazón, porque tienen un alma que siente, ama y sufre. ¡Pobres enfermos! Cuánto les consuela mi presencia, cuánto les alegran mis pobres palabras; tanto necesitan de aliento cuando se ven abandonados de todos, aun de aquellos á quienes están ligados por el más estrecho parentesco. Pero debo dejarlos, que así lo manda la obediencia.

Sí, partiré. Me costará lágrimas esta separación, y no sólo á mí que comienzo á encariñarme con los leprosos, sino á ellos que en mí veían el dispensador de los dulcísimos consuelos de la religión católica, bálsamo sin par para el corazón que sufre. ¡Paciencia! pues que estamos en un valle de lágrimas.

Partiré. Y para que, al dar mi adiós á estos desgraciados, sea menos sensible su dolor les dejaré una esperanza. Les diré que, Dios mediante, después de visitar á Méjico volveré acá y ya no tornaré á moverme. Confío en que mi muy amado D. Rua no permitirá que falte á mi palabra, y que tan luego como se establezca la casa de Méjico le mande un Director y me permita volver á consolar á mis queridos leprosos.

Partiré. ¿Pero cuándo? Si debiera seguir los impulsos del corazón y escuchar las súplicas de estos enfermos no llegaría jamás la ocasión. Mas la obediencia me exige que parta y partiré. No me detendré más tiempo que el indispensable para desempeñar una comisión anexa al cuidado de los leprosos, es á saber una visita á la parroquia de Nilo á donde por encargo del Sr. Arzobispo voy cada quince días á celebrar, predicar y administrar los sacramentos. El domingo pasado anuncié á esos feligreses que volvería el 22 de los corrientes y me detendría tres días para celebrar la *Commemoración de los fieles difuntos*, función solemne y muy conmovedora que todos celebran con una piadosa confesión y comunión. En tal circunstancia debo bendecir á la vez algunos matrimonios. Luego me despediré de los leprosos de *Agua de Dios*. Ya preveo que aquello será

de partir el alma; pero la santa obediencia me dará fuerzas para hecerme violencia y resistir cualquier asalto. Volveré á Bogotá, iré á Méjico; pero mi pensamiento y corazón quedarán aquí con estas pobres almas desoladas.

Reymo. Sr. Don Rua, yo parto con la persuasión de que no tardaré en volver. Los leprosos son la porción que Dios me ha asignado, tal es mi destino y creo que Ud. convendrá en llenar mi aspiración.

Con esta esperanza en el corazón le ruego se tenerne siempre como su muy humilde y obediente hijo.

MIGUEL UNIA
Sacerdote.

* * *

Viendo los pobres leprosos que Don Unia, aunque muy á su pesar, se había resuelto á dejarlos, para conjurar el peligro, diez días antes de la partida pusieron por medianera á Nuestra Señora del Carmen y se encomendaron á ella con una novena de oraciones y comuniones. Al mismo tiempo enviaron á Don Rua el siguiente telegrama, recibido el 18 de noviembre de 1891.

RUA — Turín.

« Unia capellán lazareto rogámosle déjenoslo. Conteste. Enfermos. »

Con el mismo intento enviabáse á Don Rua de Bogotá una ardiente súplica:

**La Sociedad de San Lázaro
en favor de los pobres leprosos.**

Bogotá, 25 de noviembre de 1891.

Al M. R. Padre Don Rua Superior de los Salesianos.

Turín.

MUY RESPETADO PADRE:

Al saberse aquí la orden de S. R. mandando al amado Padre Unia se traslade á Méjico, toda esta ciudad se ha conmovido profundamente, como herida por un golpe el más duro é insperado. Antes de pasar adelante ha de saber S. R., que la mísera situación en que se hallaban los mil y más leprosos que existen en los dos lazaretos que hay en esta República llegó á tal punto que, penosamente impresionados todos los corazones caritativos, en pocos días se formó una Sociedad, que se denominó de San Lázaro, cuya ocupación constante es allegar recursos y buscar consuelos para esos seres destituidos de todo bien terreno. La tercera Sección de dicha Sociedad se compone de Señoras, entre ellas figuran las damas más respetables de esta ciudad. Todas, en número ya de dos mil, nos dirigimos á S. R. para suplicarle de la manera más encarecida revoque la orden y

disponga que el Padre Unia, ese apóstol que inspirado en la más sublime caridad, es hoy el único consuelo de nuestros infelices leprosos, quede entre ellos calmando sus crueles dolores, impartiendo los Santos Sacramentos y preparando diariamente multitud de almas, que sin su auxilio perecerían para siempre, pero que gracias á él podrán, en no lejano día, presentarse puras ante el Supremo dispensador de la dicha eterna.

Tal vez halle S. R. un tanto extraño que sólo hallemos aquí al Padre Unia para desempeñar la cristiana misión que él con abnegación heroica tomó á su cargo. Pero debemos explicar á S. R. que por desgracia el clero ha escaseado aquí hasta el punto de que á duras penas alcanza para la cura de almas en las numerosas parroquias de esta Arquidiócesis, de tal suerte que, á despecho de su celo y mucha actividad, existen pueblos que carecen de la instrucción y auxilios de un párroco.

Conocedoras de la inmensa caridad que llena el corazón de los hijos del grande y venerable Don Bosco, esperamos llenas de confianza que S. R. atenderá los tristes clamores de los seicientos leprosos del *Lazareto de Agua de Dios*, y las muy respetuosas súplicas de sus hijas en N. S. Jesucristo, las que tanto aman la Institución Salesiana y que piden á S. R. las excuse por la molestia que puedan causarle, movidas tan sólo por la importante gravedad del asunto que ponen en manos de S. R.

En nombre de las dos mil señoras que componen la 3ª Sección de la Sociedad de San Lázaro nos suscribimos de S. R. de antemano muy agradecidas hijas.

La Presidenta

HORTENCIA L. DE SUAREZ.

La Secretaria

JOSEFINA OSPINA DE O'LEARY.

* * *

Don Unia había determinado partir para Bogotá el domingo 29 de noviembre. En tal ocasión, según las noticias que de él hemos recibido, ocurrieron escenas desgarradoras. Como autorizado por el Rmo. Sr. Arzobispo celebrara dos misas los días festivos, en la primera que dijo aquella mañana distribuyó numerosas comuniones, y después de la segunda bendijo un nuevo cuadro de San Lázaro, recuerdo de su primera estancia entre los leprosos. Al retirarse á la sacristía todo el mundo prorrumpió en llantos y gemidos, ayes y sollozos atronadores en la iglesia. Para hacer cesar tan dolorosa escena y tranquilizar á aquellas almas angustiadas, Don Unia entró allí, y sobreponiéndose cuanto pudo les habló no ya para darles un adiós, sino para asegurarles que no tardaría en

volver. Pero ellos deseaban oír lo que él no podía decirles, esto es, que no partiría: redoblaron el llanto y las súplicas, le siguieron á la sacristía, á la casa, en el camino que tomaba hacia Bogotá sin cesar de exclamar: *Piedad, misericordia, no nos abandone, quédese con nosotros...*

No es posible expresar la impresión que dominó á Don Unia en tales circunstancias; pero ni una lágrima corría por sus mejillas; su corazón estaba oprimido y como petrificado. Montado en su mula toma el camino de la obediencia: la multitud lo sigue, los clamores no cesan, ocurren las escenas más tiernas y patéticas; pero él, afable y sereno casi seguro de lo porvenir, á todos decía: *Valor; confiad en Dios. Hasta luego.*

Las voces de estos desgraciados habían ya obtenido el asentimiento de Don Rua. Apenas llegado á Bogotá, Don Unia recibirá el formal permiso de su Superior de consagrarse al servicio de los pobres leprosos.

Ya se lo decía el corazón.

COLOMBIA

BOGOTÁ.

En honor de S. Francisco de Sales.

Por primera vez se celebró en esta ciudad, el 29 de enero último, la fiesta del gran San Francisco de Sales, patrono de la insignie Congregación Salesiana, de quien toma su nombre.

Aquel día presentaba la iglesia del Carmen un espectáculo tan bello como consolador: desde el amanecer una multitud de fieles de ambos sexos se acercaba á la Mesa Eucarística á recibir el pan de los fuertes de manos del Excmo. Sr. Delegado Apostólico y de otros varios sacerdotes. A las nueve se cantó la misa de la fiesta, y el coro de los Salesianos, verdadera escuela de canto y del más puro gusto, ejecutó una de las más bellas de su abundante repertorio. El panegírico del Santo estuvo á cargo del R. P. Mario Valenzuela, de la Compañía de Jesús, y ya se dejó entender que el discurso estuvo á la altura del asunto.

Por complemento de tan interesante fiesta el templo estaba suntuosa y elegantemente adornado, obra en su mayor parte de las muchas familias *cooperadoras*, en que lució como siempre, su buena voluntad y mejor gusto.

Circunstancias imprevistas habían retardado esta felicitación á los beneméritos hijos de Don Bosco, que todo lo merecen por su piedad acendrada y su grande interés por la gloria de Dios y el decoro del culto.

(*La Defensa Católica*).

NUESTROS AGRADECIMIENTOS

á los Sres. Presbos. E. M. Castro, S. Machado y A. Metalli.

Hemos recibido un opúsculo del Presbo. venezolano Dr. Don Enrique María Castro, titulado *Viaje á Europa*, en el cual habla de una visita hecha al Seminario Salesiano de Valsálce y al Oratorio de San Francisco de Sales en Turín, con cuyo motivo expresa los más honrosos conceptos respecto á nuestro inolvidable padre Don Bosco y al Instituto fundado por él.

Ya en nuestro *Boletín* de Noviembre del año p. pdo. publicamos una interesante carta que el mismo Sr. Castro dirigía á nuestro insigne y muy estimado bienhechor, el Señor Canónigo Dr. Don. Ricardo Arteaga, en la que manifestaba su simpatía por la Congregación Salesiana y hacía fervientes votos por que llegara á establecerse pronto en su amada patria.

No hace mucho que también publicamos una animada y apreciable relación de la visita hecha al Oratorio de S. Francisco de Sales por el Sr. Cura Párroco de Jaguachi Don Antonio Metalli muy análoga á la que antes mencionamos. Omitimos por esto resumir aquí los recuerdos del Sr. Castro. Pero aprovechamos esta circunstancia para dar nuestros sinceros agradecimientos tanto á ambos distinguidos viajeros como al S. Dr. Don Santiago Machado por la benevolencia con que continuamente se dignan favorecerlos. Muy obligados quedamos á los beneficios que nos hacen y á la cooperación activa con que concurren al buen éxito de los trabajos emprendidos por Don Bosco y sus hijos para bien de los niños pobres y evangelización de las tribus salvajes.

Dios premie sus servicios con largueza y escuche benigne nuestras oraciones por su felicidad.



HISTORIA DEL ORATORIO DE S. FRANCISCO DE SALES

SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO V.

Desde aquel día la conducta religiosa y moral de los niños del Asilo fué de tal edificación y ejemplo que no se podía esperar nada más. Oraciones, frecuencia á los santos sacramentos, trabajo, obediencia, caridad, temor de Dios, todo era llevado al más alto grado de perfección. Sobre todo se tenía tal temor de Dios, que apenas uno

decía una palabra ó hacía una acción que no estuviera muy conforme, al momento iba á Don Bosco á pedirle oportuno consejo ó la debida penitencia. Especialmente á la noche después de dichas las oraciones, todos le rodeaban para exponerle sus dudas ó manifestarle los defectillos que habían cometido durante el día; y sucedía que el paciente sacerdote estaba una hora y a veces más oyendo al uno y al otro, asegurando, confortando, consolando y mandando á dormir á todos tranquilos y contentos. Era aquel un espectáculo que enternecía y daba á la vez el más claro indicio de la pureza de conciencia que cada niño quería tener para con Dios.

Y aun los mismos jóvenes que tan sólo frecuentaban el Oratorio en los días festivos se determinaron á llevar vida más morigerada. En los días del Señor acudían puntualmente á las sagradas funciones, y muchos recibían los santos Sacramentos; siendo durante la semana ejemplares de cuantos los miraban y trataban.

Entre tanto, como los casos de cólera fueron en aumento tanto en Turín como en los alrededores, se trató de establecer lazaretos para recoger los coléricos que no tuvieran casa propia. Dos de estos improvisados hospitales, se establecieron en el arrabal de San Donato, que entonces constituía parte de la parroquia del arrabal Dora. Pero si bien de pronto, al Municipio le era fácil establecer aquí y allá lazaretos, le ocurría después la dificultad de no encontrar personas que los atendieran, y esto aun cuando fuera pagando para ir á asistir á los enfermos en las casas particulares; negábanse á ello, aun los más robustos y valerosos, y todo por el temor de recoger tan fatal peste. Entonces fué cuando á Don Bosco le asaltó un gran pensamiento, pensamiento que le hizo tomar una noble y generosa resolución.

Después de haber prestado por espacio de muchos días y muchas noches, auxilio aquí y allá — junto con algunos sacerdotes de Turín, adictos al Oratorio — á los coléricos más abandonados, y haber visto con sus propios ojos la necesidad en que se hallaban muchos enfermos, reunió un día á sus niños y tuvo con ellos una tierna conversación. Manifestóles el estado miserable en que se encontraban muchos pobres coléricos, algunos de los cuales fallecían por faltarles el pronto y necesario socorro. Dijoles cuán bello acto de caridad era, el consagrarse á su alivio; que el divino Salvador había asegurado en el santo Evangelio, que el servicio prestado á los enfermos, lo consideraría como prestado á Él mismo; que en todas las epidemias y en las mismas pestes, había habido siempre Cristianos generosos, que sacrificando sus propias vidas, se habían consagrado al alivio del alma y cuerpo de los apestados.

Les avisó que el Alcalde había hecho pública la necesidad que tenía de enfermeros y asistentes; y cómo Don Bosco con varios otros, habíanse ya ofrecido; y concluyó diciéndoles, cual sería su satisfacción si algunos de sus hijos tomaba á pechos la empresa, para una obra de tan sublime caridad. Estas palabras de Don Bosco, como vulgarmente se dice, no cayeron en saco roto. Los jóvenes del Oratorio las consideraron de suma importancia y quisieron demostrar cómo eran hijos de tal padre. Catorce de estos se le ofrecieron al momento, y pronto dieron sus nombres para que la Junta de Sanidad dispusiera de ellos para donde fuera necesario; pocos días después otros treinta seguían igual ejemplo.

Quien considere, por una parte, el terror que en aquellos días se apoderó de todos los ánimos, que muchos — sin excluir á los mismos médicos — huían de la ciudad, y por otra, atiende á la edad y natural timidez de la juventud, no podrá menos de admirar la abnegación y heroísmo de estos hijos de Don Bosco, quien tuvo tal satisfacción que por ello derramó copiosas lágrimas.

Antes de meterles en campo de batalla, el buen padre dióles varios avisos, á fin de que su obra fuera para bien, tanto del alma como del cuerpo de los pobres coléricos. La terrible enfermedad tenía generalmente dos períodos, uno de asalto, del cual sin un pronto socorro las más de las veces era mortal; y el otro de reacción por la cual reavivándose en el cuerpo la circulación de la sangre, muchos escapaban de la muerte. Y así, quien prestaba sus servicios á los coléricos, debía atender ante todo al modo de vencer la violencia del primer asalto y hacerle entrar pronto en el segundo período, lo cual se hacía, sobre todo, con moderadas fricciones ó excitando el calor por medio de fomentos, colocando paños de lana en las extremidades del cuerpo en donde se sentían los calambres ó el frío. Sobre este particular, Don Bosco amestró á los jóvenes enfermeros para hacerles aptos cual si fueran como médicos improvisados. Dióles varios avisos en cuanto á lo del alma, á fin de que ninguno de los enfermos muriera sin los auxilios de nuestra santa Religión.

Una vez instruidos, establecióse un horario, y fueron distribuidos, quien en una quién en otra parte. Los unos debían prestar su servicio en los lazaretos, los otros en las casas particulares; quién en esta familia, quién en aquella otra. Unos daban vueltas por la ciudad para averiguar si había enfermos que nada se supiera de ellos, y otros estaban como de guardia en casa, esperando si alguno necesitaba de ellos, y así acudir pronto en su socorro.

Tan pronto como se supo que los jóvenes del Oratorio se habían dedicado á la asistencia de los coléricos, fueron tantas las

demandas que se hicieron, que á la semana siguiente se tuvo que renunciar á todo horario. Parientes, vecinos, conocidos, Municipio, todos acudían á Don Bosco, tal es así, que los jóvenes estaban siempre en continuo movimiento. Días hubo que á penas tuvieron tiempo de tomar un bocado, y si esto hicieron, fué en la misma casa del colérico. Durante la noche era un continuo ir y venir, quién se acostaba, quién se levantaba, y muchos fueron los que pasaron en vela, junto á la cabecera del enfermo, y esto hacíanlo con tal placer, que siempre estaban contentos.

En los primeros días ante de dirigirse á prestar tan caritativa obra, cada cual iba provisto de una botellita de vinagre y de un poco de alcanfor ó cosa semejante; vuelto á casa se lavaba y perfumaba para desinfectarse; esta operación se repetía con mucha frecuencia, la cual tuvo que abandonarse por no perder tiempo. En ninguna otra cosa se pensaba más que en asistir á los pobres enfermos, dejando el cuidado de sí mismos á la divina Providencia.

Ni aun en aquellas dolorosas circunstancias, la obra del Oratorio fué solamente personal; ya que — aunque pobres — pudieron atender en lo material, á muchos enfermos. Sucedió muchas veces hallarse el joven al lado del enfermo, y ver que estaba falto de sábanas, mantas, camisas y otras varias cosas. Notando tanta penuria de las cosas más necesarias, se iba á casa, se exponía la necesidad á la buena madre Margarita, y esta al oír tales miserias, llevada de su buen corazón, iba á la ropería y proporcionábales cuanto le era posible dar. Al uno entregaba una camisa, al otro una sábana, á éste una manta, á aquél una tohalla y así por el estilo. De lo que resultó, que en pocos días, no se poseía en casa, más que lo que cada cual llevaba encima ó tenía en la cama.

Vino un día un joven enfermero, diciendo haber visitado á un pobre colérico — al que pocos momentos hacía le había cogido el mal — y el cual estaba en una buhordilla y sin que tuviera ni una triste sábana para cubrirse. La caritativa mujer fué al momento en busca de algo que darle y no halló nada á propósito, mas que un mantel. — Toma, le dijo la piadosa madre, hé aquí la única pieza de ropa blanca que todavía me queda, anda y arréglate con tu pobre enfermo.

El servicio prestado en aquellos días á los pobres enfermos, por los jóvenes del Oratorio, fué para todos de tanta satisfacción, que el mejor de los diarios católicos de aquel entonces, reseñando los actos de caridad llevados á cabo por el clero católico durante el cólera, quiso de ellos hacer mención en un bello artículo. Y para confirmar cuanto llevamos dicho, ponémoslo aquí. Es del tenor siguiente:

« Al publicar nuestra relación de la cari-

dad del clero en tiempo de cólera, hasta ahora, tan sólo hemos dado cuenta del ofrecimiento hecho por muchos eclesiásticos en caso de necesidad: entre los cuales nombramos á los padres Dominicos y á los sacerdotes Oblatos de la Consolación. Pero si bien la moderación del mal no dió ocasión á la caridad del Clero turinés de poner á prueba su celo, con todo lo poco que hizo demostró lo mucho que hubiera hecho si la divina Providencia hubiera dispuesto de otra manera.

« Podremos referir cómo el Clero valiéndose de su influencia disipó la preocupación que el vulgo se había formado en contra de los médicos. Tuvo el clero el consuelo de ver — á pesar de todos los impropiedades que contra el diariamente se dirigían — cómo el pobre pueblo viéndose en manos de tan perniciosa enfermedad, se acogía benignamente en los brazos del sacerdote que iba para su alivio espiritual y corporal, cuando por otra parte cerraba sus puertas al médico. Y bastaba una palabra del sacerdote para que dieran libre entrada al médico y tomaran con satisfacción aquellas medicinas que antes detestaban, más que la misma enfermedad.

« Queremos como por muestra, ya que no nos es posible referir todos los actos que el clero realizó en esta circunstancia, hablar del servicio prestado al lazareto del arrabal de San Donato, bajo la dirección de los Rdos. Don Calcagno, capellan de la Fucina, y Don Bosco, fundador y director del Oratorio de San Francisco de Sales. Por espacio de algunas semanas no se acostaron; y si lo hicieron, fué vestidos tanto como para descansar un poco, y este poco siempre interrumpido tres ó cuatro veces durante la noche por ser llamados á donde había necesidad. El mismo Don Bosco presentó á la Junta de Sanidad una nota de 14 de sus jóvenes, los cuales voluntariamente se ofrecían á prestar toda clase de alivio á los coléricos, ya fuera en los lazaretos ya en las casas particulares. Dichos jóvenes estaban suficientemente instruidos en todo lo que se refería á la asistencia de los enfermos, tanto en lo espiritual — por saberles sugerir palabras de resignación y piedad cristianas, como en lo que atañía á lo corporal. Animados del espíritu de Don Bosco, que para ellos más que superior era cariñoso padre, se acercaban con valor á los enfermos, sabiéndoles inspirar sentimientos de valor y confianza; y esto no como quiera con solas palabras, sino más bien con hechos, tocándoles con sus manos, ó haciéndoles friegas; sin que por ello dieran señal del más mínimo horror ó temor. Tanto es así, que yendo por las casas de los coléricos lo primero que observaban era á las personas que rodeaban al enfermo, y si notaban temor ó sobresalto alguno, insinuábanles que se retirasen, mientras ellos con una desenvoltura sin igual, le atendían cual

si fueran maestros consumados en la materia, exceptuado el caso que se tratara de niños ó niñas, que entonces suplicaban á alguno de la casa se quedase á su cuidado, sino junto al lecho, al menos á su vista en lugar conveniente. Difunto el colérico, sino era mujer, desempeñaban su último cometido.

« A más de estos 14 jóvenes, todavía había dispuestos otros treinta alumnos del mismo buen sacerdote, quienes igualmente instruidos en lo que al alma y cuerpo se refería estaban prontos á acudir sin demora en ayuda de sus compañeros en donde el caso lo requiriese.

« Hemos querido hacer mención de un modo particular de los servicios de esta preciosa institución ya que, en cierta manera, es una deuda que con ella se ha contraído, y á la vez nosotros la de manifestar sus obras á los bienhechores que la sostienen con el óbolo de la caridad. Pocas semanas hace, acudimos á su generosidad, á fin de que no desatendieran las graves necesidades que pesaban sobre el Oratorio. Nuestras palabras dieron buen resultado, y dimos á nombre del egregio Director, las más expresivas gracias. Estamos seguros que tendrán satisfacción, al menos en parte, al saber cuan fructuosas son las limosnas hechas á aquellos pobres niños, y esto será como un nuevo estímulo á su caridad, la cual no consentirá que sean abandonados en la necesidad aquellos que están prontos á sacrificar sus vidas en bien de sus hermanos. »

Hasta aquí la *Armonía* de aquellos días (1).

CAPÍTULO VI.

El vahido. — Los lazaretos y las pedradas. — Uno de los primeros coléricos. — Singular descubrimiento de una enferma. — Todos preservados. — El único caso de cólera. — La acción de gracias. — Los huérfanos de las víctimas — Carta del Sr. Alcalde.

No estará demás refiera todavía un caso digno de mencionarse, acontecido en dicha invasión colérica.

Y ante todo no se crea que á los jóvenes enfermos, de los cuales hemos hablado, no les costara en un principio, hacer gran esfuerzo para vencerse á sí mismos dado el temor que de todos se había apoderado. Vive todavía, entre otros, uno de los 14 primeros en dar sus nombres y en acercarse con valor al lecho de los coléricos, quien, por sí solo, puede darnos una idea de la violencia que les fué necesario hacerse para emprender la obra y saber llevarla á cabo. Cuando por primera vez puso los pies en el lazareto, al ver las convulsiones de los coléricos, al mi-

rar sus caras lívidas y cadavéricas, sus ojos hundidos y semi-apagados, y al verles expirar en tan horrible manera, le sobrecogió tal temor que se puso pálido cual si fuera uno de ellos ofuscósele la vista y falto de fuerzas le vino un vahido. Por fortuna se hallaba allí Don Bosco, quien le impidió que cayera al suelo, le hizo respirara el aire libre y pronto le reanimó con una oportuna bebida; á no ser así al pobrecillo se le hubiera juzgado como uno de tantos coléricos y puesto entre los otros enfermos.

En verdad que valor se necesitaba para ir intrépido á estos lugares de muerte y llanto. Ya que á más de los tristes lamentos motivados por el sufrimiento de aquellos infelices, desgarraba el corazón por otra parte, ver cómo apenas difuntos eran trasladados al vecino depósito, para ser pronto llevados al campo santo y cuanto antes enterrados. Parecía que todavía estaban con vida y ya eran sin pérdida de tiempo colocados entre los muertos.

En los primeros días no solo era necesario sobreponerse al temor de la enfermedad y de la muerte, sino aun á las amenazas de ciertas personas. Conviene saber que aun cuando los lazaretos estaban situados á bastante distancia de la ciudad y se tomaban todas las debidas precauciones, con todo, eran mal vistos y aun más aborrecidos por las personas vecinas á ellos y por los mismos enfermos. Los unos, dominados por la ilusión de que en estos lugares se moría pronto, y sobre todo que esto se efectuaba valiéndose de la *aquíta*; los otros temían, y no sin razón, que los lazaretos corrompieran más fácilmente el aire de los alrededores, y por lo tanto pusieran en peligro inminente sus vidas. Así es que, no habiendo podido impedir el que se abrieran, algunos deseaban que se cerraran ó inutilizarlos, valiéndose de medios viles cuanto ilegales. Así se comprende cómo en el arrabal de San Donado y en alguna otra parte una turba de chiquillos de la vecindad tomase la resolución de atemorizar á cuantos pasaban con intención de ir á asistir á los enfermos allí refugiados. A este intento aquellos rapazuelos comenzaron por las amenazas y concluyeron con piedras y palos; de tal manera que para ir al lazareto ó volver, principalmente de noche, era necesario hacerse escoltar por la fuerza pública. Sucedió que una de las primeras noches dos de los nuestros, uno de los cuales era el clérigo Miguel Rua, viéronse en un grave peligro; salían del lazareto, y al hallarse en lugar solitario y oscuro en dirección al Oratorio, oyen una gran gritería que con silvidos y á grandes voces decía: á ellos, á ellos.

(Continuará)

(1) V. n. 112, 16 de setiembre de 1834.